

DEL AULA AL CAMPO DE TRABAJO

EN LOS CAMPAMENTOS DEL S. U. T.
ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS
TRABAJAN JUNTO
A OBREROS Y CAMPESINOS



EL tractor ha dejado las cepas rodeadas de tierra blanca y dura. El surco abierto respeta la anchura de la cepa asolándola sobre un cuadrado de tierra hostil a la azada. Y la azada, terminada en dos puntas, busca la tierra para acobijar las cepas. Cuesta desentrañar la tierra e ir la aplando, rítmicamente, en torno de la planta, bien con ella entre las piernas, bien rodeándola al compás del subir y bajar de la herramienta. Los capataces miran y sonríen escépticos. ¿Qué se puede esperar de esas manos pequeñas y blancas, fofas en ocasiones, poco amigas de la dureza cilíndrica del mango de la azada? En un campo para el que trabaja inacabable, varios universitarios se afanan en encontrar un medio para que la azada pese menos o el polvo no penetre en la llaga abierta en la palma de la mano. Los capataces siguen sonriendo. Persiguen las cepas mal acobijadas y de tres o cuatro azadonazos las dejan bien dispuestas.

Las cepas necesitan un cono de tierra protector que las rodee y las proteja de los rayos del sol. Los capataces hablan de hombres duchos que trabajando a jornal se hacen quinientas o seiscientas cepas diarias y a destajo incluso mil. El universitario no acaba de entender las cifras y empieza a creer que tras las matemáticas hay mucho camelo. Pero sigue cavando. No hay que echarse atrás. Los ojos del capataz juzgan de



Universitarios y obreros en pleno trabajo industrial. A la izquierda, el estudiante se prepara con el aparato para salir a la mar

continuo y lo que está en tela de juicio no es un jornal o un rendimiento deportivo, es la posibilidad de demostrar a ese hombre experto en cepas y en azadas, que llegado un momento se puede encontrar la hermandad de las manos. Los capataces no parecen muy convencidos. Su grito persigue al universitario encorvado sobre el campo «¡Más tierra!». Los capataces cabecean y sólo de cuando en cuando asienten ante una cepa acobijada, pero no por ello dejan de echar su paletadita de tierra. Es como una rúbrica.

De vez en cuando se roba tiempo para beber y humedecer las manos. Los experimentados aseguran que de este modo se producen ampollas, pero la mano agradece el agua fresca y busca entonces el mango con menos desesperación. El sol cae de plano sobre la tierra vallisoletana. A vista de pájaro podría divisarse un campo regular de vides, otro campo regular de vides y más campos regulares de vides. De momento se trabaja en uno. Sin un silbido, ni un canto. La alegría va por dentro y en razón inversa a las paletadas que el capataz debe dar para corregir la obra mal concluida. Estamos en un campo de trabajo. Un campo de trabajo universitario.

¿QUE ES UN CAMPO DE TRABAJO UNIVERSITARIO?

En 1950 tres universitarios em-

prendían la ruta de las minas de oro de Rodalquilar (Murcia). ¿Buscadores de oro? No. Buscaban un tesoro más precioso. La convivencia con los obreros. Iban a trabajar junto a los mineros. Un año más tarde eran treinta los universitarios dispuestos a secundar la empresa y al año siguiente, trescientos. Se había iniciado el S. U. T. o Servicio Universitario del Trabajo. Su propósito era trasladar al universitario al escenario del trabajo manual y mediante su práctica, introducirle en el conocimiento de un sector social especial, el sector obrero.

En el transcurso de estos diez años se han montado campos de Trabajo en varias especialidades: pesca, minería, industrias, construcción, pantanos, repoblación forestal... Unos 6300 universitarios han vivido la experiencia studentista. Si les pudiéramos interrogar uno a uno sobre ¿qué es el S. U. T.? variarían sus respuestas en cuestiones de matiz, pero no en lo fundamental. El S. U. T. es básicamente el campo de trabajo y éste es en la práctica un campo soleado, una tierra que remover, unas manos que dueñen, o bien un bloque de cemento que acarrear, una inyección de hormigón que colocar en el muro de la presa, una máquina que atender. En todo tipo de prácticas laborales existen unos elementos inmutables: la soledad del hombre con su trabajo, la comida frugal y una colchoneta de escasas carnes

propicia para todo menos para el sueño. ¿Todo esto para qué?

La respuesta la vamos recogiendo de entre los acampados en este campo de acobijamiento de cepas, en plena tierra de Valladolid, en la localidad de Matapozuelo. El estudiante que se cuelga la azada al hombro y camina a nuestro lado dice que todo esto es para que el universitario sea más hombre y se deje de frivolidades y cafeterías. Otro, sevillano, cuarto curso de Peritaje industrial, opina que todo es para demostrar el valor del sacrificio como testimonio. No falta quien comente que esto es una merienda de negros, pero en el fondo están satisfechos de que se les meriendan.

Mientras recorremos la distancia que separa el lugar de trabajo del pueblo, se charla de pasadas experiencias en otros campos de trabajo. No todos los campos son iguales. Existen los llamados Campo Célula. A ellos asisten un número reducidísimo de estudiantes y todos los gastos corren de su cuenta. En los campos normales el S. U. T. costea los gastos de desplazamiento. Otra variedad de Campo de Trabajo es la femenina. Desde hace tres años también las universitarias españolas tienen oportunidad de



El minero y el estudiante conducen la vagoneta desde la boca de la mina

conocer el mundo laboral de la mejor.

El camino hacia el pueblo es largo y la tierra de esta comarca es poco permeable. Los charcos duran en ella días y días y las polainas de goma, rojas y negras, chapotean en el agua. La ropa de labor apenas si recuerda su primitivo color. También se da el universitario que trabaja con chaqueta y el que cuida el nudo de la corbata entre azadonazo y azadonazo. Junto a éstos camina el que se disfrazó de trabajador y deja que la boina le cuelgue de la coronilla, mientras se remanga por encima del codo la camisa de franela. Los trabajadores de verdad, los capataces, regresan al pueblo con nosotros y empujan sus bicicletas mientras aceptan un cigarrillo y acercan la cara a la lumbrera que les brinda el universitario. Miran de reojo, con un sano pudor popular, al estudiante que se dejó crecer la barba y que está discutiendo con otro, bajito y anteojado, sobre las eneadas. A veces se atreven a preguntar por las razones de nuestra estancia aquí. Creen que venimos castigados por no estudiar.

La comida está en los platos y los dientes en la boca para algo. Hay hambre en esos de paladas y más paladas de tierra, aciertas unas, menos aciertas las otras. La sopa de letras pronto desaparece y la cocinera la sustituye en los platos sin lavar, por trozos de carne cocida con guisantes. También desaparecen la carne y los guisantes, y un puñado de cacahuetes suena en el plato como una dentadura postiza. Es el postre.

EL ESPAÑOL.—Pág. 24

Tras el postre el cansancio es quien decide. Unos se tumban en un rincón del patio y otros, más sibaritas, van buscando el fugaz cobijo de las ralas colchonetas. Muchos caminan hacia la tasca del pueblo, a «confraternizar» y consumir de paso un café. El café no es malo y el dueño del establecimiento comenta con sorna que corre por ahí el rumor de que acobijamos tan bien como si lo hubiéramos hecho toda la vida.

Entra un universitario de los más jóvenes, lanza una mirada despreciativa sobre nuestro café y pide un orujo a voz en grito. Temblamos por la suerte del muchacho. El orujo busca el reducido sitio que le deja una minúscula copa y después se marcha a abrasar la garganta del compañero. El estudiante no hace un sólo gesto. La procesión debe ir por dentro.

El frío del mármol gusta a la piel de los brazos y a él nos entregamos. Los gallegos y andaluces sacan sus canciones del fondo del alma y nos ayudan a hacer la digestión. No tardará en oírse el timbrado de la bicicleta del primer capataz que nos llama para las labores de la tarde. El Jefe de Campo llega y designa la distribución de grupos. Unos cuantos deben ir al trabajo de «escarda», arrancar flores parásitas de entre el trigo joven. Pero aún queda un cuarto de hora.

Es un sorbo de descanso ante una tarde que se promete dura. Consumimos el tiempo charlando, jugando al fútbol o desparrramando las fichas de un viejo dominó. El ruido de las fichas nos libera un tanto del sopor digestivo y de los primeros calores de la tarde que se meten en el recinto por debajo de la cortina de la puerta. Alguien musita un po-

ma o una canción y varias voces piden silencio. Pero el silencio no se hace.

El timbre del capataz no tardará en ponernos en movimiento.

EL PICO, LA PALA Y LA CULTURA

En sus diez años de existencia el S. U. T. no se ha limitado a montar 43 campos de pesca, 65 de industria, 40 de pantanos, 21 de repoblación forestal, 67 mineros, etcétera. También se ha dedicado a la difusión cultural. El índice de analfabetismo en España era, según estadística de la Unesco, de 17 por 100. Las más recientes estadísticas de la Dirección General de Enseñanza Primaria señalan poco más del 8 por 100. El problema del analfabetismo es más grave entre los mayores que entre los jóvenes. El mismo chavalillo hijo de uno de los capataces, que va siguiendo nuestra labor, contesta con seguridad a diversas preguntas sobre el Sistema Métrico Decimal o sobre Geografía.

Se trata de un muchachito rubio y espigado, de aspecto montañés, que va siguiendo las cepas del cavador-cronista y hace comentarios muy poco elogiosos sobre su labor. El chiquillo maneja la herramienta que es un primor, y su padre le echa de tanto en tanto una mirada que inmediatamente se impregna de satisfacción por las maneras del mozo. «No se me da esto bien», le decimos para hacernos simpáticos. «Pues a mí los libros sí», nos responde. El muchachito tiene diálctica.

A media tarde llega el fresco y con él las primeras sonrisas. Un capataz viejecillo y sarmentoso nos ofrece una bota de vino seco



El padre Llanos dirige la palabra a los asistentes a un campo de trabajo

y negro, mientras nos dice que ya falta poco para terminar el trabajo. Nos habla de su nieto. Dice que no sabe leer ni escribir y que si podríamos enseñarle. Nosotros estamos aprendiendo un nuevo método de alfabetización. Su autor, don Julio Baylón, nos lo enseñó por las noches, inmediata-

mente antes de la cena. Proponemos al anciano que envíe a su nieto y nos servirá de ejercicio práctico.

Empieza a oscurecer y las tareas van terminando. Los que han ido a la escarda se unen a nuestro grupo. Nos cruzamos algunas puyas sobre la comodidad

de nuestros respectivos menesteres.

La entrada en el pueblo tiene caracteres de acontecimiento. Las gentes nos ven pasar desde las puertas de sus casas y nos saludan. Uno comenta a nuestro lado que piensa salir con una chica del pueblo. Se indigna porque lo



Concluida la recolección, los estudiantes se entregan a las tareas de almacenaje

Pág. 25.-EL ESPAÑOL

hacemos advertencias sobre su probable conducta. Dice ser un caballero.

Un estudiante vallisoletano pasa junto a nosotros con un brazo sobre los hombros de uno de los capataces. Van cantando.

EL PAN DE OTRA VIDA... ABC

Después de asearnos acudimos al comedor. El profesor don Julio Baylón, especialmente enviado por la Dirección General de Enseñanza Primaria, saca su método pedagógico de una suerte de sombrero de prestidigitador. Jamás presenciamos suceso tan emocionante. La paciencia, el amor que aquel hombre ponía en cada una de sus palabras, explicaciones, argucias para con los muchachones del pueblo que se habían prestado para la experiencia. Todos le escuchábamos anhelantes y con ganas de aplaudir. Una íntima confianza nos invadía ante el espectáculo de aquel hombre luchando con la ignorancia. Iba arrancando una a una

las letras y palabras de los labios campesinos y éstos se alegraban y sonreían a cada letra acertada. El método consiste en asociar la letra a dibujos representativos que se parezcan a ellas y que al mismo tiempo las contengan en su denominación. Por ejemplo, dibuja una pipa en forma de P y pregunta: «¿Qué es esto?» Los tres alumnos contestan al unísono: «Una cachimba». El buen profesor se ríe con nosotros de buena gana. La terminología del lugar le ha jugado una mala pasada.

La cena transcurre precipitada. Las experiencias de alfabetización hacen girar el tema en torno a la extensión cultural. En los campos que anuncia el S. U. T. para la presente campaña veraniega se desarrollará una vigorosa campaña de extensión del alfabeto. Los campos de este año de Navarra (construcción de escuelas), Tharxis (minería), Burjasot (textil-menino), Cangas (conservero-menino), Montalbán (replantación forestal), Aldeadávila (Pantano), Belesar (Pantano), Granada (in-

dustria lechera), Vitoria (industria automovilística), etc., darán pie para esta labor sutilista.

La cena termina y nos agrupamos todos en torno de los cantores habituales. Una canción minera, recuerdo de otros campos de trabajo, asoma a varios labios:

Santa Bárbara bendita,
La lará lará lalará,
Patrona de los mineros,
Mirá,
Mirá, Marujilla, mira,
Mira cómo vengo yo.»

La canción habla de un barreno que explotó y rompió las narices de un pobre minero. Varios emprendemos nuevamente el camino de la tasca del pueblo. Los campesinos consumen el clásico «carajillo» y nos hacen sitio en la barra o nos retan a una partida de fútbol. Este es uno de los momentos más queridos para la práctica sutilista. Es el momento de la relación amistosa con el trabajador. Se les aplica entonces un sistema de preguntas, espontáneas o a modo de encuestas, para conocer sus apetencias, sus necesidades, costumbres. Hace unos años se les realizaba una pregunta pintoresca. «¿Quieres a tu mujer?» El trabajador abría los ojos y recorría con la mirada todos los presentes. «¿Habeis oído? Pues claro que la quiero...» Los motivos que dan son de una sencillez encantadora: es buena madre, me quiere mucho, es trabajadora, es limpia, guisa bien... Se hacen lenguas por otra parte sobre su belleza juvenil. Aquella belleza que les ató al pueblo y a la tierra, porque ellos no pensaban quedarse en «aquél agujero», ellos querían correr mundo, irse a la ciudad, pero la novia..., la novia tiró mucho.

El sueño nos vence. El estudiante sevillano solicita correspondencia para el futuro de un campesino joven que enseña una blanca dentadura desplegada cuando contesta:

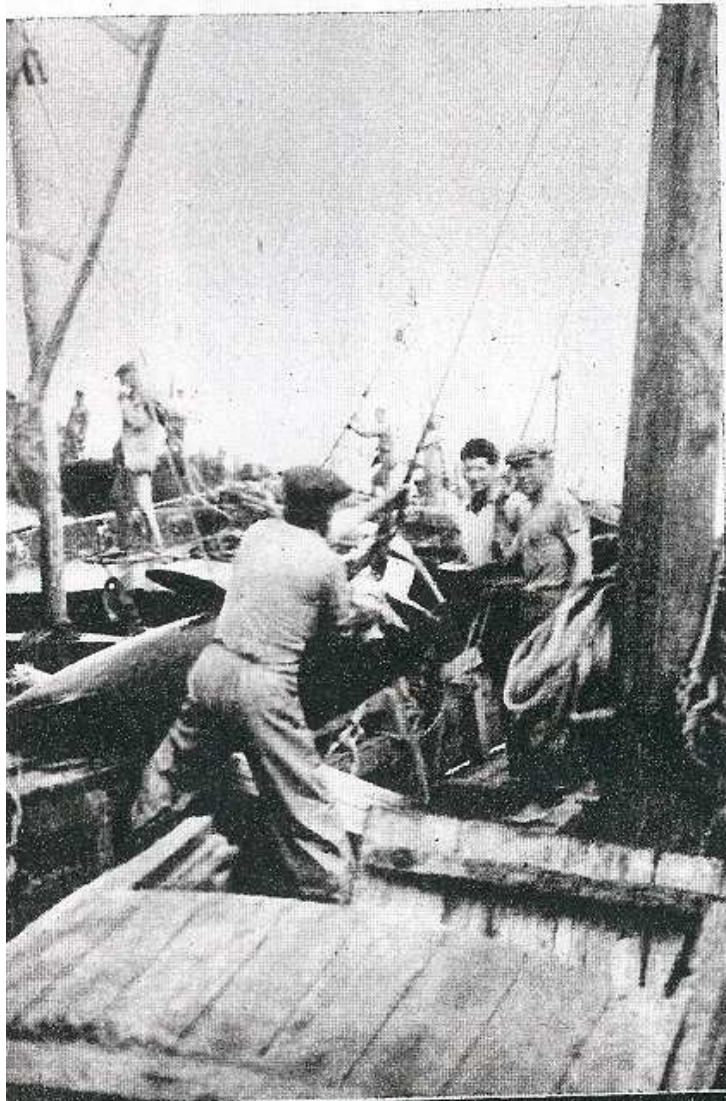
—Yo me mareo escribiendo.

ENSUENO DE MAÑANA

Mientras marchamos hacia el jergón apetecido, comentamos los sucesos del día. A nuestra llegada la mayoría de compañeros ya duermen, algunos ruidosamente. Sacian su cansancio. Otros, sin sueño, charlan en voz baja por los rincones del granero convertido en dormitorio. Abajo, en el comedor, un grupo prepara el «Mirar Humorísticos» que mañana satirizará variados aspectos de nuestra vida en este campo. Recortan fotografías de viejas revistas y escriben los textos a mano. Sentado en una mesa, el Jefe de Campo prepara la conferencia que deberá dar mañana como una obligación más entre las suyas.

En un rincón, apoyadas en la pared, están las azadas de mangos mugrientos, prometiéndonos un mañana distinto en muy poco al que hoy termina. A este hoy transcurrido en un Campo de Trabajo de los que organiza el S. U. T.

VAZQUEZ MONTALBAN



En la almadra de Isla Cristina (Huelva), un pescador traslada el barco-almacen esta impresionante pieza, en presencia de dos universitarios